

BUSCADORES DE DIOS

L'ANNEAU D'OR – NÚMERO 7 – MARS 1946 – PAGES 2 À 4 (ÉDITORIAL)

No sé quién escribió: *"La religión hace tiempo que dejó de tener nada que ver con Dios"*. Qué observaciones inspiraron esta reflexión, no lo sé, pero me pregunto si su autor cambiaría de opinión durante una estancia en un hogar cristiano. ¿Qué descubriría del Dios de los cristianos asistiendo a la oración comunitaria, observando la actitud de la familia durante el *"Benedicite"*, viendo vivir a sus anfitriones? ¿Tendría la sensación de una Presencia? ¿Descubriría, ante la señal de la cruz de estos cristianos, la grandeza, desconocida para él, del alma que adora? Percibió un gran misterio de amor entre marido y mujer, entre padres e hijos; ¿podría imaginar un misterio de amor semejante entre Dios y los miembros de esta casa?

En esta casa, la vida es pura, honesta y generosa; pero, a los ojos del visitante, ¿es esto testimonio de la santidad de Dios, o simplemente de un código moral honorable? Es cierto que se habla de Cristo; los niños preparan la cuna para el pequeño Jesús; pero ¿podemos suponer, viéndolos y oyéndolos, que el niño de la cuna es el Dios poderoso por quien *"fueron hechas todas las cosas que fueron hechas"*?

En muchos hogares cristianos, la idea de Dios es muy pobre, traicionada por el formalismo de los gestos religiosos, por una oración descuidada, por la manera de hablar del Señor y por una vida en parte secularizada. ¡Cuán lejos estamos de esa *"generación de los que buscan el rostro del Dios de Jacob"*, tantas veces mencionada en los salmos!

Debemos reaccionar. Hay que formar a los que buscan a Dios en el hogar. Y, por supuesto, esto requiere esfuerzo, pero en un mundo en el que la gente se cansa de tantas cosas, ¿no es justo que los cristianos confiesen con el autor de Proverbios: *"Me he fatigado por conocer a Dios"*? (Pr 30,2)

Padres e hijos deben sentir curiosidad por Dios, deletreando el nombre divino en el cielo en las bellas noches de verano:

"Los cielos cuentan la gloria de Dios" (Sal 18,2), encontrarlo en la creación, en los paseos por los bosques y los campos:

"Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra" (Sal 8,2).

Junto al gran poema del universo, ¿no debería ser la Biblia -Antiguo y Nuevo Testamento- la lectura preferida del hogar cristiano en busca de la grandeza del Eterno y de las confidencias de su Amor? A lo largo de los siglos, ha sido la maestra de los *"adoradores en espíritu y en verdad"*, porque conduce a las orillas del misterio divino, porque los esplendores del Todopoderoso están escritos en filigrana en cada página. Quien la frecuenta asidua y humildemente se vuelve hambriento de Dios.

"¿Y quién puede saciarse de la gloria del Señor?" (Ecl 42,25).

Me gusta imaginar este hogar donde padres e hijos viven bajo la mirada del Eterno y meditan sobre sus perfecciones en la naturaleza y en la Biblia. Las virtudes en ellos responden a las perfecciones divinas que admiran como el reflejo responde al rayo del sol: la adoración, a la grandeza del Creador; la confianza del hijo, al amor del Padre; el abandono, a su providencia; la obediencia, a su dominio; la alabanza, a su gloria. La mies no puede cultivarse a la sombra, como tampoco la virtud.

Echemos un vistazo a la oración de la tarde en este hogar de adoración. Hay predilección por estas grandes oraciones teológicas: *"Padre nuestro que estás en los cielos..."*, *"Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias por*

tu gran gloria...", "Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos; el cielo y la tierra están llenos de tu gloria...", "Magnificat anima mea Dominum...", "Todas las obras del Señor, bendecid al Señor" (Dan 3,57-88).

Bajo este techo, todos utilizan de buen grado los salmos para expresar sus sentimientos al Altísimo y rezar en la comunión de toda la Iglesia.

Observemos a los huéspedes de esta casa: la adoración y el amor lo inspiran todo, el trabajo y el juego, las comidas y el sueño; no hay nada profano, todo es santo, todo está consagrado a Dios, como pedía san Pablo: *"Así pues, ya coman, ya beban, ya hagan cualquier cosa, háganlo todo para gloria de Dios"* (I Cor 10, 31). Y, sin embargo, en la familia no reina la coacción, sino la gozosa libertad de los hijos de Dios.

El celo por la gloria del Señor posee a estas almas. Este hogar que adora es un hogar apostólico. ¿No es la reacción espontánea de los que admiran, cantar su admiración y reclutarse al coro de las alabanzas? ¿Cómo podrían resignarse a la ignorancia del amor de Dios por parte de sus contemporáneos y no compartir, con la Virgen y todos los santos, la ardiente impaciencia de Cristo por la manifestación de la gloria del Padre?

Los hogares donde Dios reina preparan a los pueblos que reconocerán su soberanía.

HENRI CAFFAREL.